

su virtud; y se fué. Y como al salir le esperaran varios alguaciles y corchetes para llevarle al tribunal requerido por el escándalo armado á causa de la dichosa taza de caldo propinada á la enferma por el monago, desahogó en ellos su mal humor. En abierta lucha, y á trompicones, cerró con todos y á todos aporreó, sacando sus tres perseguidores, el primero la cabeza rota, el segundo la paletilla izquierda hundida, y el tercero reventado un ojo, que así las gastaba Fra Filippo Lippi. Y luego exclamó:

—¿Perseguido por la justicia? Tanto mejor. Me conviene. Ahora no me paro en barras. Ahora robo á Lucrecia.

### CAPITULO XIII.

#### El rapto.

Filippo se salvó de tantas asechanzas por sus ímpetus, y se refugió en apartada vivienda. Uno de sus parientes, que habitaba en Prato, y cuyo parentescó nadie conocia, le dió asilo. La separacion del mundo y la soledad del retiro, avivaron aun con mayor viveza su único deseo; el rapto de Lucrecia. Millares de ideas, á cual mas disparatada, pasaron por su mente; y millares de proyectos, á cual más insensato, puso por obra, sin que lograra tan descabellado intento. Cerradas las puertas de Santa Margarita para él, desde las revelaciones de Serafin á la Abadesa; toda astucia le era inútil, y necesitaba con necesidad incontrastable recurrir á la fuerza. Cinco ó seis veces intentó escalar el Monasterio; y cinco ó seis veces topó con la imposibilidad de tomar tamaña fortaleza, ni burlar sus puertas y cerrojos. Volvió, pues, á sus antiguos hábitos, á sus paseos fantásticos de media noche, sobre sancos altísimos, envuelto en pliegues de túnica rozagante, negros y blancos; mostrando una máscara, por la cual corrian alguna vez llamaradas de azufre; y aterró á los vecinos é hizo correr á los corchetes, sin conseguir algun resultado apreciable. Cuanto mas desvariaba en los arrebatos de su mente, mas desvanecía el logro de su empresa. Así tuvo que reducirse á esperar momento oportuno, y aunque no lo presentase la ocasion, jamás desistió de sus esperanzas. La corta estancia en el Monasterio le persuadió de que poseía el alma de Lucrecia; y esta persuasion le mantuvo en el tenaz empeño de robarla, y ser en sus brazos feliz.

Verdaderamente las ideas, las esperanzas, las ilusiones, los ensueños de la hija de Butti se iban por impulsos incontrastables en pos del jóven Fi-

lippo, amado antes de conocido por esa necesidad de amar que siente el corazón de la muger. Desde que le adivinó en las noches de sus misteriosas apariciones, le amó. En cuanto lo viera y lo tratara, este amor se convirtió en una pasión exaltadísima y voraz, de la cual no podía desasirse ni defenderse, y que trastornaba todas sus facultades y absorbía toda su existencia. Cuántas noches, mientras la Comunidad dormía, velaba la pobre enamorada, enferma del alma, por oír mezclados con el eco de las campanadas caídas desde la alta torre, los pasos del fantasma y las carreras de las rondas y los ladridos de los perros que le anunciaban paseos misteriosísimos de su amado. Sí, tras los largos insomnios, solía dormirse, asaltábalas toda clase de ensueños cuya materia principal se reducía al amor. Las flores que se abrían en su ventana, los pajarillos que piaban á los primeros besos de la luz, las gotas de rocío sobre las hojas trémulas de los árboles, hablábale de la pasión universal en que arden todos los seres criados. El claustro con sus sombras; el altar con sus resplandores, el rayo de luz que reverberaban los altos vidrios, el centelleo de la argentada lámpara que se repetía en las áureas alas de los ángeles, los cánticos religiosos ascendiendo al cielo en las cadencias del órgano y en las espirales del incienso, en vez de traer en su mente los misterios de la muerte, traían los deliquios del amor. No podía mirar un cuadro, ni abrir un libro, ni rezar una oración, sin que surgiese por doquier la idea que alimentaba el fuego en cuyas abrasadoras llamas ardía, la idea de su infelicidad presente y de la felicidad que hubiera podido haber gozado en brazos de su amante. Esta pasión se hallaba, á pesar de su intensidad, combatida y contrastada por vivo sentimiento, por el sentimiento del deber. Comprendía que en el amor legítimo, y solamente en el amor legítimo, se cifraba su dicha. Para no sentirlo avivado por la razón, mantenido por la virtud, respetado por el mundo, no quería sentirlo de ninguna manera, y pasaba su vida en luchar contra sus instintos, apoyada fuertemente en su conciencia. Filippo, pues, no tenía ocasión alguna de ver á su amada, porque esta se defendía contra todo género de tentaciones á medida que arraigaba más y más en su pecho el amor.

No había pues, coyuntura alguna propicia á un encuentro entre Filippo y Lucrecia. Encerrada ella en su Convento, encerrado él en su escondite; retenida ella por el temor á su conciencia, retenido él por su temor á la justicia; no podían ya encontrarse, á pesar de que ni Lucrecia renunciaba á su amor ni Filippo á sus esperanzas. Por consiguiente hallábanse separados ambos amantes por abismos de todo punto insalvables. Por eso la idea de un rapto bullía en la mente del pintor. Y como no concebía idea que no realizase inmediatamente, puso por obra cuanto le sugirió su fantasía para cumplir esta gratísima á su corazón. El ardor de su naturaleza avenía mal con el hielo de la indiferencia; la vehemencia de sus deseos con la resignación fatalista. Pero ¿cómo llegar hasta Lucrecia? Cuánto se arrepentía

de no haber aprovechado la favorable ocasión del cuadro y los instantes de soledad en la galería, para llevársela consigo y unirla á su suerte en el mundo, aunque hubiera sido por fuerza. Desesperábase al ver que una timidez, ajena á su temperamento, contraría á su impetuoso natural, incomprendible en sus costumbres, le encadenara al pié de aquella austerísima beldad y le impidiera saciar un deseo, cuya abrasadora sed no le dejaba vivir materialmente. Mas ¿de qué suerte poner la atrevida mano ahora sobre la guardada y escondida jóven? Muros impenetrables, hierros inflexibles, puertas dobles, cerrojos fortísimos, celosías triples guardaban á la cautiva, cuyo corazón también se fiaba más de aquellas materiales defensas que de su propia firmeza. No veía, pues, coyuntura ninguna que le pudiese ofrecer la consumación del atrevido rapto. Su rabia y su despecho no tenían límites, cuando vino una fiesta religiosa á ofrecerle el momento y la coyuntura que con tan vivo deseo anhelaba.

Prato es una de las más hermosas ciudades que en las fértiles llanuras de Toscana y á la vista de los montes Apeninos se levantan. Caudaloso río la baña y espesos bosques la adornan. El aire que baja de crestas tan empinadas y el sol que tiñe campiña tan varia, le dan verdaderos encantos. Son de ver en aquella inmensa llanura los recodos y serpenteos del Bizenzo; los huertos y vergeles donde viven eternamente las frutas y las flores; la mezcla de los verdi-negros olivos con las clarísimas y lustrosas moreras; las guirnaldas de parras sostenidas en los troncos de álamos; el pomposo castaño al par del luciente granado; la higuera de anchos pámpanos y el azofaifo que diríase de hojas doradas; todas estas bellezas de la vegetación contrastando con oscuras piedras de altas murallas levantadas para defensa de una inquieta democracia, en pugna abierta con sus vecinos, y cuya fuerza y riqueza se ven admirablemente en el contraste formado por los castillos y bastiones con los palacios magníficos y las ornadas y artísticas iglesias.

En el siglo undécimo, los embates de Florencia obligaron á los escasos habitantes de un montecillo, puesto bajo la soberanía feudal de guerrero conde, á dirigirse al llano, y en el llano, parapetarse tras fuertes muros, y confiar su defensa á los ímpetus de una verdadera democracia, premiada, en cambio de sus esfuerzos, por amplísimas y vivificantes libertades. Llamáronle á este sitio Prato por estenderse en todas direcciones una hermosísima pradera. Dos suertes de muros levantaron en la ciudad, unos destinados á defender estrecha área, y otros destinados á más espaciosa y más amplia; resultado natural del crecimiento de la población y del número é importancia á que habían llegado sus fuertes pobladores. En estos dobles muros se ve su historia, verdadera geología social. El pentágono estrecho, de los primeros fundadores; las grandes fortalezas, que elevara el custodio de aquellas democracias; el Emperador, y su palacio imperial del siglo déci-

mo-tercio; las construcciones municipales que á un tiempo parecen viviendas y bastiones; los fosos que la agua del río llenaba, cavados precipitadamente en el siglo décimo-cuarto al horror que producian las irrupciones de Castruccio; la ciudadela elevada á expensas de los florentinos, cuando recibieron la ciudad como un predio, de manos de la reina de Nápoles, Juana, á quien cándidamente se entregaran los ciudadanos, creyendo libertarse de sus competidores vecinos; el castillo que alzara antes el Emperador Federico II, puesto en comunicacion directa mas tarde con la ciudadela que alzara Florencia; tantos tambores y almenas; tantos y tan diversos fortines sirven de seguro y defensa á esta democracia, en abierta pugna con los pueblos cercanos y en continua práctica de una libertad tempestuosa, revelando de esta suerte su semejanza en virtud y tambien en vicios con la antigua democracia helénica, fácil á la inspiracion y al arte, difícil á la concordia y á la paz.

En aquel tiempo celebraban todas las lenguas á Prato, no por sus dobles murallas almenadas, ni por sus sesenta torres de mampostería, ni por sus diez logias propias de las familias aristocráticas, ni por sus conventos y sus iglesias, sino por una milagrosa reliquia. Si pudiérais resucitar en la imaginacion el palacio llamado *Dei Signori*, donde se congregan los regidores de la ciudad, veríais una inmensa sala con cuarenta magistrados envueltos en los pliegues de sus túnicas, asentados en sus sillones municipales, y á cuya presencia arde artística lámpara de plata consagrada á la Virgen María, que se destaca en el sitio de preferencia en pintura al fresco, mientras por las otras paredes campean muchos retratos de bienhechores de la ciudad, y entre estos, el mas renombrado y querido, Micer Francesco Marco. ¿Qué hizo para tanta gloria? Fué un ciudadano que discutió en los consejos de su patria; un soldado que peleó en los campos de batalla, un comerciante que enriqueció á su familia, un hombre de su pueblo, de su ciudad, de su tiempo. Ahora bien, ¿por qué esta preferencia? ¿Acaso porque ha erigido el hospital llamado de Micaele-da-Prato? Otros muchos han erigido fundaciones analogas, y no han hallado ni tanta gratitud ni tanto renombre. Francesco Marco, solicitado por los mares que atraian en la Edad Media á los italianos, como en la Antigüedad á los helenos; abordó en tierras de Egipto; donde no podia buscar, dadas su educacion y su época, aquellos misterios descifrados por los antiguos sábios, sino las escenas religiosas puestas por la tradicion bajo el cielo azul, sobre los áureos arenales, á la sombra de las palmeras mecidas por los vientos del desierto y regadas por las aguas del Nilo, en cuyas copas los ibis y las grullas sagradas repiten los quejidos de los antiguos cenobitas que se entregaban en aquel ardiente clima y en el seno de sus misterios á las maceraciones de la penitencia y la contemplacion propia del misticismo, diluyendo su alma con una gota de agua en el inmenso océano de lo infinito y de lo eterno. Para un mareante, arpa

un mercader, para un soldado de aquel tiempo, Egipto era la tierra donde se acogió la Virgen María con toda su sacra familia, huyendo de las persecuciones de Herodes que decretara la degollacion de los inocentes. Y de Egipto vino, trayendo una reliquia sacratísima, el cinturón de la Virgen María. En la antigüedad pagana el pueblo que conseguia validar un testimonio así de la preferencia de sus dioses, fundaba hermoso templo, y en este templo ponía un oráculo, á cuyos consejos se atenian los legisladores, con cuyo númen contaban los héroes, de cuya inspiracion se enardecian los poetas, y que lograba ver mezclados con las asambleas deliberantes de los grandes oradores las legiones de los fuertes gimnastas, entre coros sagrados y religiosas ceremonias. En Italia pasaba durante la Edad Media algo análogo. ¡Poseer el cinturón de la Virgen! Quereis saber toda la importancia que esto tiene? Cuando vayáis á Florencia, vereis en vuestro camino á Prato. Deteneos porque seguramente fijará vuesta atencion el conjunto armonioso de sus bellos monumentos, que resaltan en el pentágono formado por su área y delineado por sus murallas. Entrad en su catedral dirigida á principios del siglo décimo-cuarto por los profetas del Renacimiento; ornamentada de mármoles blancos y verdes, tanto interior como exteriormente, los cuales danle aspecto de un edificio de porcelana; sostenida su nave central por columnas de serpiente; y vereis como cada siglo ha dejado allí un recuerdo de este hecho y una ofrenda á esta reliquia; la primera mitad del décimo-quinto, un pulpito esculpido por Donatello para enseñar la hermosa prenda, y la segunda mitad una suave pintura de Guirlandigio, que muestra á la Virgen desciñéndose de la cintura y regalándose á Santo Tomás; el siglo décimo-cuarto un poema en líneas y colores de Agnolo Gadi, que orna la capilla de la derecha llamada de la Sacra Cintola, y en donde hay una figura de la Virgen que os trasportará de entusiasmo por la santa extrañeza con que mira al Niño en sus brazos; no sabiendo si adorarlo como Dios ó comérselo á besos como hijo; por todas partes innumerables testimonios de la universal devocion que recuerdo tan sagrado despierta en los ánimos de los fieles por aquellos tiempos de vehemente exaltacion y de piadosa fé.

¿Sabeis cuántas ventajas le daba su reliquia á Prato? La doncella sin novio creía que con solo verla, se casaba al año siguiente; la esposa, cuyo marido iba por los mares, que con solo invocarla, ataba y retenia el furor de los vientos; la viuda ó la huérfana, que con solo ponerle unas luces, sacaba almas en pena del hondo del purgatorio; el comerciante que con solo rezarla, ganaba en sus negocios; el enfermo que, con solo descubrirla, rehacia y recobraba su salud; acudian los recién casados á pedirla seguridad en su dicha, los niños y los jóvenes, ventura en su carrera; los pobres, limosna en su miseria; los ricos, prosperidad en sus asuntos; los paralíticos movimiento; los éticos, aire; los enamorados, auxilio; y así en las paredes de su capilla veíanse desde la cabellera cortada por la vírgen del Señor, hasta el arma del guerrero

esgrimida en las batallas; desde la camisita del niño, hasta los sayales del muerto; desde las tablas de las naves naufragas, hasta las copias de los corazones heridos: que la preciosa reliquia ciñera la cintura de María y ganara á su contacto la sobrenatural virtud de remediar todas las desgracias y atender á todas las necesidades. Esta creencia se mostraba en romerías, estas romerías se completaban con ferias; estas ferias enriquecían á los comerciantes; y estas riquezas se repartían por las venas de Prato, que encargaba al pintor mas célebre frescos para la capilla; al escultor, tribunas y bajo-relieves y estatuas; al platero, joyas; al poeta, versos; logrando que todos á porfía se esmeraran por amor á Dios y á su Santa Madre en elevarla á la altura de uno de los primeros y mas concurridos santuarios de Italia, donde los fieles tienen sitios religiosos tan visitados como el monasterio de San Francisco de Asis y la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Al visitar á Prato, ¿quien no conozca un poco las letras no recitará estos versos de un poeta, los cuales, como todos los buenos versos italianos, se pegan al oido y se entonan por nosotros, españoles, como si fueran versos vaciados en nuestra propia lengua? Dicen de esta suerte:

Così cercando per quella pianura  
 Trobamo Prato, che l' Bizencio bagna,  
 Dove si mostra la santa cintura.

Una capilla consagrada por la religion, enaltecida por la pintura, popularizada por la poesia, en el concepto de la sociedad de aquellos tiempos, manaba como fuente celestial continuos milagros. Y el año que historiamos era el año destinado á celebrar por la cuenta de los magistrados el centenario de la venida desde Egipto á Prato de esta reliquia. Para comprender la importancia que tiene un centenario religioso, precisa haber habitado los pueblos meridionales. Cada una de semejantes fiestas deja en la memoria pública estelas inextinguibles. Los padres legan como vínculo familiar el relato de tradiciones tan gloriosas, contadas y oidas con una emocion verdaderamente indescriptible. Como la piedad tiene tantos recursos ingeniosos, cree que en aniversario así han de mostrarse más propicias las imágenes de las Vírgenes y los santos, como ha de enardecerse el númen religioso de los pueblos. Vivir en Prato y no ver la Santa Cintura, seria un pecado imperdonable ante la conciencia de aquellos hombres y de aquellos pueblos. Lucrecia, pues, habia de ir, y en procesion solemne, á la hora señalada para las corporaciones que no observaban la clausura por no tener votos religiosos. Una educanda singular, una habitante de los claustros en libertad completa de salir y entrar, recluida al cabo solamente por su propio albedrío, no tenia medio alguno de quedarse en su celda y rehuirse á una bendicion necesaria por completo á la tranquilidad de su alma. Lippi lo supo con verdadera anticipacion, como solia saber todo cuanto pasaba en el Monasterio,

y arregló y preparó las cosas de tal suerte, que pudiese lanzarse sobre su amada como el milano sobre su presa y arrebatarla en sus brazos. Teniendo que interrumpir una procesion numerosa y que romper entre una inmensa muchedumbre, necesitaba armas, caballos, y golpe de gente. Así, con el sigilo á que le tenían acostumbrado sus múltiples aventuras, con la habitual serenidad de su mente, urdió un plan de rápido rapto, que le llevara á la inmediata consecucion y logro de todos sus deseos. Mientras la ciudad entera preparaba sus fiestas, él apercibia su conjuracion. Nada más fácil en aquella edad que emprender aventuras de esta clase y que encontrar aventureros de importancia. La vida más individual que hoy, la ley más débil, las pasiones más exaltadas, la autoridad más sometida á la fuerza, el heroismo en subida estima, la disciplina social es baja, las ideas y los proyectos aventureros tenían una multitud de medios ahora completamente inasequibles. En la callada noche, á favor de las sombras, se avistaba Filippo con aquellos que casi fuera de la sociedad se encontraban, y les impelia, ora por medio del oro allegado en sus trabajos, ora por medio de seductoras promesas, á la ejecucion de planes en consonancia con la naturaleza de aquellos perturbados tiempos, en que solian mirar los aventureros, no tanto la naturaleza de sus empresas como el lucro y el sueldo reportados. Para momento tan solemne, para el dia fausto señalado á una festividad tan grande, ideaba Lippi una emboscada tan terrible. Sus planes diabólicos, por desgracia coincidían con las promesas religiosas de su infeliz amada. Esta, para redimirse de la pena que afligia su alma, para curarse de la enfermedad amorosa que aquejaba á su corazon, para recobrar su perdido reposo, hizo voto de ir en rogativa, desde el Convento, donde estaba guarecida, á la Catedral, que tenia entre sus primeras reliquias el Cinturon de la Virgen. Y hé aquí donde esperaba Fra Filippo Lippi á su tímida é inocente presa.

Las calles de Prato estallaban por henchidas de gentes. Tanto número de peregrinos acudieran que dormían tendidos en la calle, sobre el duro suelo, y al aire libre. Los confesores oían los pecados y propinaban las penitencias en las escalinatas de las Iglesias, por no serles dado penetrar dentro, á causa de la muchedumbre. Concurrían las gentes en tal multitud á la Comunión, que las hostias se acaban y no habia bastantes copones. Un sacerdote cayó desmayado de fatiga y de cansancio. Las calles parecían como un concierto viviente y como un baile ambulante. Sonaban por las esquinas toda clase de instrumentos conocidos, y danzaban las parejas toda clase de danzas, desde las griegas hasta las morunas. Veíanse en las encrucijadas tablados sobre los cuales se daban representaciones místicas, en que los Santos del Nuevo Testamento y los Profetas del Viejo recitaban profanos versos, imitados de Virgilio cuando no se imitaban de Tibulo ó de Ovidio. Este San José contaba su fuga de Egipto como pudiera contar Eneas su fuga de Troya, y aquel penitente dirigia un saludo á la Virgen, más parecido